

LECTIO DIVINA

20 de julio 2025

XVI DOMINGO ORDINARIO**Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.****Gen 18,1-10****Sal 15****Col 1,24-28****Lc 10,38-42**

Las exigencias de la vida moderna nos obligan a un ritmo vertiginoso y nos hacen dejar atrás cosas fundamentales. La Palabra de Dios, presentada en la liturgia del XVI Domingo del Tiempo Ordinario, nos invita a redescubrir las prioridades y los valores que hacen nuestra vida más humana y significativa.

La primera lectura nos ofrece el ejemplo de Abraham, el hombre al que no le importa pasar tiempo con los demás. Cuando tres visitantes inesperados aparecen en su tienda, Abraham los recibe, prepara un banquete y les ofrece lo mejor que tiene. En cada persona que nos visita, es Dios quien sale a nuestro encuentro. El tiempo que dedicamos a acoger y cuidar a nuestros hermanos y hermanas es un tiempo que llena de sentido nuestras vidas.

En el Evangelio, dos hermanas —Marta y María— reciben a Jesús en su casa. Marta prepara una buena comida para el invitado; María se sienta a los pies de Jesús, escuchando lo que dice. Ambas son actitudes válidas, típicas de un discípulo. Pero Lucas aprovecha la oportunidad para sugerir que escuchar la Palabra de Jesús debe preceder a la acción. La acción sin escuchar a Jesús se convierte en mero activismo que, tarde o temprano, pierde su sentido.

En la segunda lectura, Pablo habla a los cristianos de Colosas sobre su experiencia: se ha esforzado por dar testimonio en todas partes del plan salvífico de Dios revelado en Cristo. Espera que los cristianos de Colosas también estén dispuestos a construir sus vidas en torno a Cristo. En este sentido, los exhorta a vivir en una comunión cada vez más perfecta con Cristo, pues es en Cristo donde los creyentes encontrarán la salvación y la vida en plenitud.

Génesis 18,1-10

Un día, el Señor se le apareció a Abraham en el encinar de Mambré. Abraham estaba sentado en la entrada de su tienda, a la hora del calor más fuerte. Levantando la vista, vio de pronto a tres hombres que estaban de pie ante él. Al verlos, se dirigió a ellos rápidamente desde la puerta de la tienda, y postrado en tierra, dijo: "Señor mío, si he hallado gracia a tus ojos, te ruego que no pases junto a mí sin detenerte. Haré que traigan un poco de agua para que se laven los pies y descansen a la sombra de estos árboles; traeré pan para que recobren las fuerzas y después continuarán su camino, pues sin duda para eso han pasado junto a su siervo".

Ellos le contestaron: "Está bien. Haz lo que dices". Abraham entró rápidamente en la tienda donde estaba Sara y le dijo: "Date prisa, toma tres medidas de harina, amásalas y cuece unos panes".

*Luego Abraham fue corriendo al establo, escogió un ternero y se lo dio a un criado para que lo matara y lo preparara. Cuando el ternero estuvo asado, tomó requesón y leche y lo sirvió todo a los forasteros. Él permaneció de pie junto a ellos, bajo el árbol, mientras comían. Ellos le preguntaron: "¿Dónde está Sara, tu mujer?" Él respondió: "Allá, en la tienda". Uno de ellos le dijo: "Dentro de un año volveré sin falta a visitarte por estas fechas; para entonces, Sara, tu mujer, habrá tenido un hijo". **Palabra de Dios***

CONTEXTO

La primera lectura forma parte de un bloque de textos denominado genéricamente "**tradiciones patriarcales**" (cf. Génesis 12-36). Se trata de un conjunto de relatos singulares, originalmente independientes entre sí, carentes de unidad y del carácter de documentos históricos. Estos capítulos contienen, de forma indiferenciada,

"**mitos de origen**" (que describen la toma de posesión de un lugar por parte del patriarca del clan), "**leyendas de culto**" (que narran cómo un dios se le apareció en ese lugar al patriarca del clan), **relatos sobre las vicisitudes cotidianas** de los clanes nómadas que circulaban por Palestina durante el segundo milenio, y reflexiones teológicas posteriores destinadas a presentar a los creyentes israelitas modelos de vida y fe.

Los clanes a los que se hace referencia en las "tradiciones patriarcales" —en particular los de Abraham, Isaac y Jacob, grupos vagamente relacionados que posteriormente en la historia aparecen vinculados por lazos familiares— viajaban de un lugar a otro en busca de pastos para sus rebaños. Llevaban consigo diversos sueños y expectativas. Soñaban con encontrar una tierra fértil con abundante agua, donde pudieran asentarse y descansar, escapando de los peligros e incertidumbres de la vida nómada. También soñaban con tener una familia fuerte y numerosa que perpetuara la "memoria" de la tribu y prevaleciera contra sus enemigos. El dios ancestral que protegía a la tribu y la guiaba en sus peregrinajes era la posible realización de este ideal.

El relato que la liturgia del XVI Domingo del Tiempo Ordinario propone como primera lectura debe situarse en este contexto. Sus orígenes probablemente provienen de una antigua "**leyenda de culto**" que narraba cómo tres figuras divinas se habían aparecido a un cananeo anónimo cerca del roble sagrado de **Mamré**, cómo este cananeo las había acogido en su tienda y cómo los dioses lo habían recompensado con un hijo. Mamré, cerca de Hebrón, fue el sitio de un importante santuario cananeo en el tercer milenio a. C., mucho antes de la llegada de Abraham. Más tarde, cuando Abraham se estableció allí, se le aplicó la antigua leyenda cananea, convirtiéndose en el héroe de este encuentro con las figuras divinas. Unos siglos más tarde, durante el reinado de Salomón (siglo X a. C.), los autores yahvistas recuperaron esta antigua leyenda para presentar a Abraham como un modelo de hospitalidad y bondad.

MENSAJE

¿Cuál es, entonces, la enseñanza que la catequesis de Israel pretende proponer, utilizando esta antigua leyenda de culto?

El héroe de la historia ya no es un cananeo anónimo (como probablemente lo fue en la historia primitiva), sino el patriarca Abraham. Está «*sentado a la entrada de su tienda en el calor del día*» (v. 1), cuando, al levantar la vista, ve a tres misteriosos viajeros de pie frente a él. Al insinuar que Abraham no los vio llegar, el «catequista» que escribió la historia probablemente pretende sugerir que lo divino siempre se presenta por sorpresa en la vida humana.

Abraham se levantó y se acercó a ellos (v. 2). Al detenerse ante la tienda de Abraham, los tres personajes ya habían indicado su intención de detenerse allí. Sin saber aún quiénes eran, Abraham los invita respetuosamente a entrar en la tienda y aceptar su hospitalidad (v. 3-5). La invitación de Abraham es aceptada brevemente y casi con condescendencia por los viajeros.

A la orden de Abraham, todos los miembros de aquella familia nómada se apresuran a recibir a sus invitados. Sara, esposa de Abraham, amasa la harina y hornea el pan (v. 6); Abraham elige un ternero, le pide a su sirviente que lo prepare (v. 7) y trae mantequilla, leche y el ternero ya cocido para que sus invitados puedan saciar su hambre. Luego, mientras comen, Abraham permanece a su lado, con la actitud de un sirviente atento, asegurándose de que a sus invitados no les falte nada (v. 8). Esta es la legendaria hospitalidad nómada en su máxima expresión. Abraham aparece, sobre todo, como el modelo de un hombre íntegro, humano, solícito, amable, atento con los que pasan y dispuesto a compartir lo mejor con quienes se cruzan en su camino.

Después de la comida, los misteriosos viajeros anuncian a Abraham el cumplimiento de su deseo más profundo: Sara, esposa de Abraham, quedará embarazada y dará a luz un hijo (v. 9-10). Aunque esto no se afirma abiertamente, la idea persiste: el don del hijo es la respuesta de Dios a la hospitalidad de Abraham. Dios recompensa a su siervo Abraham por su bondad, su preocupación y su amor incondicional. ¿Quiénes son estos tres personajes que aparecieron en la tienda de Abraham y aceptaron su hospitalidad? Hasta este momento, el catequista que escribió la historia no lo ha dicho (solo lo aclarará más adelante, en el versículo 13, al identificar a uno de estos personajes con Yahvé); pero el lector ya se ha dado cuenta de que se trata de una «visita» de Dios a su siervo Abraham. La imagen de Dios que presenta este

texto es muy hermosa: el Dios de Abraham es un Dios que sale al encuentro del hombre, que se detiene a su lado, que acepta entrar en su tienda y sentarse a su mesa, estableciendo así lazos familiares con él. Es el Dios del diálogo y la comunión, que se presenta en la vida del hombre y que está dispuesto a realizar sus sueños y aspiraciones.

¿Y Abraham? Aunque no está claro si Abraham es consciente de estar ante Dios, su actitud se caracteriza por una serena sumisión, respeto y plena confianza (en un desarrollo que, sin embargo, no aparece en la lectura de este domingo, Sara se ríe de la "promesa" de un hijo; pero Abraham permanece en un digno silencio, sin expresar ninguna duda —ve. 10b-15). El catequista que "vistió" a Abraham con estos rasgos insinúa que estas deberían ser las actitudes que el creyente israelita debe adoptar ante este Dios que sale al encuentro de la humanidad.

ACTUALIZACION

* La forma en que Abraham recibe a esos tres viajeros que, inesperadamente, aparecen a la entrada de su tienda, nos hace reflexionar sobre el lugar que «el otro» —cualquier hombre o mujer— ocupa en nuestras vidas. Abraham no conoce a ninguno de estos hombres ni tiene nada que ver con ellos; no espera nada a cambio de acogerlos y ofrecerles todo lo que tiene; no está seguro de por qué están allí ni de si son de confianza... Pero, en cuanto percibe su presencia, los trata como enviados de Dios y merecedores de toda consideración y cuidado. ¿Cómo vemos a las personas que, a cada paso, se cruzan en nuestro camino? ¿Qué valor les atribuimos? ¿Vemos al «otro» —aquel que Dios nos envía— como un «regalo» de Dios o como una amenaza para nuestro bienestar, nuestra seguridad, nuestra comodidad?

*Cada día, la gente se presenta a la entrada de nuestra «tienda», del espacio donde vivimos o trabajamos. A menudo, es nuestra misión o responsabilidad acogerlos, atender sus solicitudes, aclarar sus dudas y resolver las situaciones que les impiden acceder a la ayuda y los mecanismos de solidaridad. ¿Cómo los tratamos? ¿Cómo se les recibe en nuestras oficinas de atención al público, en las urgencias de nuestros hospitales, en las oficinas de nuestros centros de salud, en las recepciones de nuestras iglesias, en las entradas de nuestras casas religiosas?

*Consideremos, en particular, una de las imágenes que caracteriza el período histórico que vivimos: la de los inmigrantes que vienen de lejos en busca de condiciones de vida dignas para ellos y sus familias. En general, los inmigrantes (incluso con papeles en regla) no son delincuentes, ni personas que llegan para apropiarse de recursos que nos pertenecen; son nuestros hermanos y hermanas, que simplemente buscan una oportunidad para trabajar y ganarse el pan de cada día con dignidad. ¿Cómo los vemos, cómo los valoramos? ¿Nos sentimos responsables de ellos? ¿Los recibimos con indiferencia, con agresividad, o con la actitud humana y cariñosa que Abraham tenía hacia sus huéspedes? ¿Somos conscientes de que en cada persona sin documentos, sin pan, sin hogar, sin trabajo, sin futuro, que llega a nuestras fronteras, está Dios que viene a visitarnos?

*A través de esa antigua leyenda que narra la "visita" de Dios a Abraham, la catequesis de Israel presenta a un Dios que sale al encuentro del hombre, que acepta su invitación y entra en su hogar, que se sienta a la mesa con él y establece vínculos familiares, que conoce perfectamente sus sueños y los cumple. ¿Es este Dios, el Dios de la comunión y el encuentro, en quien creemos? ¿Es este el Dios con quien caminamos? ¿Estamos dispuestos a acogerlo en nuestras vidas, a abrir las puertas de nuestro corazón y a sumergirnos en su amor?

Salmo 14

R. ¿Quién será grato a tus ojos, Señor?

El hombre que procede honradamente
y obra con justicia;

el que es sincero en sus palabras
y con su lengua a nadie desprestigia.

R. ¿Quién será grato a tus ojos, Señor?

Quien no hace mal al prójimo
ni difama al vecino;

quien no ve con aprecio a los malvados
pero honra a quienes temen al Altísimo.

R. ¿Quién será grato a tus ojos, Señor?

Quien presta sin usura
y quien no acepta soborno en perjuicio de
inocentes.

Quienes vivan así

serán gratos a Dios eternamente.

R. ¿Quién será grato a tus ojos, Señor?

Colosenses 1, 24-28

Hermanos: Ahora me alegro de sufrir por ustedes, porque así completo lo que falta a la pasión de Cristo en mí, por el bien de su cuerpo, que es la Iglesia.

Por disposición de Dios, yo he sido constituido ministro de esta Iglesia para predicarles por entero su mensaje, o sea el designio secreto que Dios ha mantenido oculto desde siglos y generaciones y que ahora ha revelado a su pueblo santo.

*Dios ha querido dar a conocer a los suyos la gloria y riqueza que este designio encierra para los paganos, es decir, que Cristo vive en ustedes y es la esperanza de la gloria. Ese mismo Cristo es el que nosotros predicamos cuando corregimos a los hombres y los instruimos con todos los recursos de la sabiduría, a fin de que todos sean cristianos perfectos. **Palabra de Dios.***

CONTEXTO

La ciudad de Colosas se encontraba en el interior de la región de Frigia (Asia Menor, actual Turquía), en el valle del río Lico, a unos quince kilómetros de Laodicea. En los siglos V-IV a. C., había sido una ciudad próspera y populosa; pero para la época de Pablo, había perdido gran parte de su esplendor.

No fue el apóstol Pablo quien evangelizó la ciudad. Según la información contenida en la Carta a los Colosenses, fue un tal Epafras, convertido al cristianismo por Pablo, quien llevó el Evangelio a Colosas (cf. Col 1:7-8; 4:12-13). La mayoría de los miembros de la comunidad cristiana de Colosas provenían de orígenes paganos; pero también había un buen número de cristianos de origen judío en la comunidad.

Cuando escribió la carta, Pablo parece estar en prisión. Este podría ser el encarcelamiento que Pablo sufrió en Roma entre los años 61 y 63. Epafras estaba con Pablo, quizás de visita.

Las noticias que Epafras le comunicó a Pablo sobre la comunidad cristiana de Colosas no eran buenas. Predicadores cristianos, quizás con inclinaciones judaizantes, habían llegado a Colosas buscando inducir a los colosenses a observar ciertas prácticas judías, a saber, la circuncisión (cf. Col 2:11), la abstinencia de ciertos alimentos y la observancia del sabbat y otras festividades judías (cf. Col 2:16, 20-23). La doctrina predicada por estos "maestros" judeocristianos también contenía referencias al culto a los ángeles, considerados guardianes de la Ley, y a otros "poderes" cósmicos que gobernaban las estrellas; y se exhortó a los colosenses a incorporar todos estos "poderes" a su visión de la fe. Pablo consideraba las doctrinas enseñadas por estos "maestros" como gravemente desviadas, pues cuestionaban el papel y el lugar únicos de Cristo. A estas doctrinas, Pablo contrasta la primacía de Cristo, Señor de la historia, único mediador entre Dios y la humanidad, cabeza de la Iglesia, el "lugar" donde habita la plenitud de la divinidad.

El texto propuesto para la segunda lectura de este domingo inicia la parte controvertida de la carta. Pablo habla a los cristianos de Colosas sobre su papel asignado como testigo del misterio de Cristo.

MENSAJE

Desde su encuentro con Cristo en el camino a Damasco, Pablo se entregó por completo a su servicio. Desde ese día, sufrió mucho, experimentando oposición y persecución. Precisamente cuando escribió a los cristianos de Colosas, se encontraba prisionero por su servicio al Evangelio.

A pesar de todo el sufrimiento que había padecido, Pablo se sentía feliz: sabía que no había sido en vano, pues había contribuido al descubrimiento de Cristo y a su propuesta de salvación para muchos hombres y mujeres. Además, con los sufrimientos que había soportado, Pablo sentía que completaba en su carne *«porque así completo lo que falta a la pasión de Cristo en mí, por el bien de su cuerpo, que es la Iglesia.* (v. 24).

¿Qué significa esto? Algunos entienden la expresión en el contexto de la doctrina del cuerpo místico: Cristo es la cabeza de un cuerpo que es la Iglesia; si Cristo, la cabeza, sufrió, es lógico que los

miembros del cuerpo (los cristianos) también sufrieran, pues están unidos a Cristo y comparten su destino. Esta interpretación resalta la unión de los cristianos con Cristo y de los cristianos entre sí. Pero también hay quienes ven en la «falta» a la que se refiere Pablo una alusión a la continuación del plan salvífico de Cristo para la humanidad: Cristo, mediante su sacrificio hasta la muerte, ofreció la salvación a la humanidad; pero ahora, para que el poder salvífico de Cristo siga llegando a todas las personas, sus enviados deben esforzarse, sufrir y enfrentarse a las fuerzas que se oponen a la proclamación del Evangelio. Esta interpretación parece más acorde con el contexto.

Pablo, por su parte, se considera un «siervo» («diaconos») de la Iglesia, con la misión de proclamar a todos el «misterio» («*mystêrion*» - v. 26). En Pablo, la palabra designa el plan salvífico de Dios, oculto a la humanidad durante siglos, plenamente revelado en la persona, las acciones y las palabras de Jesucristo, proclamado y continuado por los discípulos de Jesús (la Iglesia) a lo largo de la historia. Los esfuerzos de Pablo (y de los cristianos en general) deben dirigirse a la realización de este proyecto de salvación/liberación que trae vida en plenitud a las personas de toda la tierra.

Pablo se ha esforzado por mostrar a todos los que han encontrado a Cristo la riqueza de comprender plenamente el «misterio» (vv. 28-29). Espera que los cristianos de Colosas también estén dispuestos a construir sus vidas en torno a Cristo y su propuesta de salvación. En este sentido, los exhorta a vivir en una comunión cada vez más perfecta con Cristo, pues es en Cristo (y no en ángeles, «poderes», prácticas judías legalistas o rituales estériles) donde los creyentes encontrarán la salvación y la vida en plenitud.

ACTUALIZACION

+ Pablo de Tarso, el «apóstol de los gentiles», es una figura singular en la historia del cristianismo. Le debemos el Evangelio al mundo grecorromano, asegurando que la propuesta de salvación que Jesús vino a traer trascendiera todas las fronteras y llegara a todas las personas. Pero le debemos, especialmente, el ejemplo de donación total, de entrega completa a Jesús y al Evangelio («*ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*» - Gálatas 2,20). ¿Somos conscientes, como Pablo, de que la Iglesia nacida de Jesús es, fundamentalmente, una comunidad misionera? ¿Con el mismo compromiso y determinación que Pablo nos apropiamos de la misión que Cristo nos confió y damos testimonio de Él dondequiera que la vida nos lleve? ¿Cómo considera y valora nuestra comunidad cristiana a los hombres y mujeres que dedican toda su vida a la causa del Evangelio?

+ Pablo de Tarso siempre supo discernir lo esencial de lo secundario. Sabía que lo esencial debe preservarse a toda costa y colocarse en el centro de nuestras vidas, mientras que lo secundario puede prescindirse. Para Pablo, lo esencial es Cristo y su Evangelio. Todo lo demás solo importa si conduce a Cristo. Además, debemos tener cuidado de que lo secundario no ocupe el lugar de Cristo, ni nos lo oculte, ni nos distraiga de Él. Para los cristianos de Colosas, las “distracciones” que les impedían “ver” a Cristo eran las prácticas judías, las doctrinas que ensalzaban el lugar y el papel de los ángeles, las reflexiones sobre los “poderes cósmicos” que gobernaban los astros (“*Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades*” (Col 1,16); para nosotros, podrían ser ciertas prácticas de piedad que ponemos en el centro de nuestra experiencia de fe, nuestra fijación en rituales antiguos y estériles, las imágenes y figuras religiosas que pretendemos “adorar”, las “apariciones” y “revelaciones” que pretenden hablar más alto que el Evangelio anunciado por Jesús, las prácticas supersticiosas a veces presentadas con un barniz cristiano... ¿Qué lugar ocupa Cristo en nuestra experiencia de fe? ¿Cuáles son los valores y figuras que sustentan el edificio religioso que estamos construyendo?

Lucas 10, 38-42

*En aquel tiempo, entró Jesús en un poblado, y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Ella tenía una hermana, llamada María, la cual se sentó a los pies de Jesús y se puso a escuchar su palabra. Marta, entre tanto, se afanaba en diversos quehaceres, hasta que, acercándose a Jesús, le dijo: “Señor, ¿no te has dado cuenta de que mi hermana me ha dejado sola con todo el quehacer? Dile que me ayude”. El Señor le respondió: “Marta, Marta, muchas cosas te preocupan y te inquietan, siendo así que una sola es necesaria. María escogió la mejor parte y nadie se la quitará”. **Palabra del Señor.***

CONTEXTO

Jesús camina con sus discípulos camino a Jerusalén. A cada paso, se detiene para instruirlos. En la «*escuela de Jesús*», los discípulos interiorizan los valores del Reino y se preparan para ser, tras la resurrección, los heraldos de la salvación que Jesús vino a proponer.

El episodio que la liturgia de este domingo nos presenta como Evangelio es exclusivo de Lucas: no aparece en ningún otro Evangelio. La historia se desarrolla en una casa familiar donde viven dos hermanas: Marta y María. El nombre «Marta» es la forma femenina de la palabra aramea «mar», que significa «señor». Marta es la «señora» de esa casa.

Marta y María son mencionadas en Juan 12,1-12 como las hermanas de Lázaro, el hombre a quien Jesús resucitó de entre los muertos (cf. Jn 11,144). En el Evangelio de Juan, la residencia de esta familia, amigas de Jesús, es Betania (actual "*al-Azariye*"), un pequeño pueblo situado en la ladera oriental del Monte de los Olivos, a unas dos millas de Jerusalén. Sin embargo, Lucas no menciona el nombre del lugar donde viven estas hermanas ("*Jesús entró en una aldea*" – v. 38). En el esquema de Lucas, el episodio incluso parece situarse en un lugar alejado de Jerusalén, ya que Jesús acababa de comenzar su viaje hacia la ciudad santa.

La explicación más probable de estas inconsistencias es que Lucas tomó este episodio de la tradición y lo integró en su marco teológico sin preocuparse por su contexto geográfico.

Más que una historia de acogida u hospitalidad, esta narración parece ser, sobre todo, una catequesis sobre el discipulado. ¿Quién es el verdadero discípulo de Jesús? ¿Cuál debería ser la principal preocupación de quienes están dispuestos a seguir a Jesús?

MENSAJE

En la casa donde Jesús es recibido, hay, por lo tanto, dos mujeres, hermanas. Marta parece ser, tanto por su nombre como por su rol protagónico, la «señora» de la casa. La otra mujer, María, era probablemente la más joven, ya que aparece al fondo. No hay ninguna referencia en el texto de Lucas a una figura masculina viviendo en esa casa.

Jesús es recibido en casa de Marta. La narración no hace referencia a los discípulos ni al grupo de mujeres que vienen con Jesús desde Galilea y que se dirigen con él a Jerusalén. Lucas pretende centrarse únicamente en Jesús y las mujeres de esa casa. Otros personajes serían «ruido de fondo» que no vale la pena considerar.

Lucas no se detiene en los detalles de la llegada de Jesús a casa de Marta. Inmediatamente describe cómo las dos hermanas «respondieron» a la presencia de Jesús.

Marta, la señora de la casa, *se afanaba en diversos quehaceres*» (v. 40). Podemos imaginar a Marta en la cocina, horneando pan, preparando vino, asando el cordero y, a cada momento, corriendo a la sala para poner la mesa y dejar todo en orden. María, por su parte, está simplemente sentada a los pies de Jesús, escuchando sus palabras (v. 39). La posición de María, «*sentada a los pies de Jesús*», es la típica de un discípulo que escucha atentamente las lecciones de su maestro (unos años después, al ser arrestado en Jerusalén, Pablo de Tarso se presenta al pueblo como «*judío... instruido a los pies de Gamaliel en todo el rigor de la Ley*» – Hechos 22:3). Es una imagen poco ortodoxa, porque en el mundo judío era extremadamente difícil para un «maestro» aceptar a una mujer en su grupo de discípulos. Jesús, sin embargo, está decidido a crear una nueva comunidad donde todos tengan cabida. Las mujeres, que en la sociedad judía tenían un estatus subordinado, en la comunidad del Reino son discípulas plenas.

Marta, agobiada por el trabajo, se acerca a Jesús y le pregunta si le importa que María se quede allí escuchando y no ayudando en la cocina (v. 40). Curiosamente, Marta no se dirige a María, quizás porque siente que la culpa es de Jesús y que él debería resolver la situación. Marta parece estar a gusto con Jesús: no lo trata como una persona distante y ceremoniosa, sino como alguien de la casa, un miembro de la familia y, por lo tanto, digno de voz en los asuntos domésticos.

Jesús responde a Marta con cariño, repitiendo su nombre dos veces: «*Marta, Marta*». No quiere criticarla por lo que hace, pues sabe que el servicio de Marta es una muestra de amor. Sin embargo, señala que Marta está «*ansiosa y preocupada por muchas cosas*» (v. 41), pero que ha descuidado lo único que es

verdaderamente necesario (v. 42). María, en cambio, elige sentarse a los pies de Jesús para escuchar su palabra. Está completamente concentrada en Jesús. No hay otra forma de decirlo: «*María escogió la mejor parte*», la que subyace a todo y da sustancia a todo lo que hacemos. Convencido de ello, Jesús jamás podría pedirle a María que relegara la escucha de la Palabra a un segundo plano.

Este episodio se ha interpretado a menudo a la luz de la oposición entre acción y contemplación, donde Marta representa la vida activa y María la contemplativa. Pero la pregunta esencial que surge de este relato no es la «bondad» de un estilo de vida sobre otro. Lo que está en juego, en esta historia de dos hermanas que acogen a Jesús en su casa, es la definición de la «actitud» del discípulo, de cualquier discípulo. Hay discípulos que, ante la urgencia del trabajo apostólico, se involucran por completo en la acción, con generosidad y dedicación; pero, absorbidos por el frenesí del trabajo, ya no tienen tiempo para sentarse a los pies de Jesús y escucharlo; en medio del ajetreo que los rodea, pierden el sentido de las cosas, sin percibir la dirección que deberían seguir. Es cierto que «*la mies es mucha, pero los obreros pocos*» (Mateo 9:37); pero ninguna acción dará frutos consistentes si no se basa en la escucha de Jesús, en un encuentro con su Palabra. Todos los discípulos —todas las Martas— necesitan encontrar tiempo para sentarse en silencio a los pies de Jesús, para escuchar su Palabra, para acoger la paz que emana de Él, para redescubrir el camino que Él les invita a tomar. Los discípulos que acompañan a Jesús en el camino a Jerusalén y los discípulos que están dispuestos a seguirlo en cualquier momento de la historia deben ser conscientes de esto.

COMENTARIO DEL TEXTO

Lucas 10,38: Marta recibe a Jesús en su casa “Yendo ellos de camino, entró en un pueblo y una mujer de nombre Marta, lo acogió en su casa”.

- Jesús iba de camino. Lucas no siempre dice por dónde está pasando Jesús, pero muchas veces dice que Jesús iba de camino (Lc 9,51.53.57; 10,1.38; 11,1; 13,22.33; 14,25; 17,11; 18,31.35; 19,1.11.28.29.41.45; 20,1). Porque Jesús estaba firmemente decidido a subir a Jerusalén (Lc 19,51). Esta decisión le orienta durante todas las etapas del viaje. La entrada en el pueblo y en la casa de Marta y María es una etapa más de esta larga caminata hasta Jerusalén y forma parte de la realización de la misión de Jesús. Desde el comienzo, el objetivo de la caminata está definido; realizar su misión de Siervo, anunciada por Isaías (Is 53,2-10; 61,1-2) y asumida por Jesús en Nazaret (Lc 4,16-21).

Lucas 10,39-40a: María escucha la palabra, Marta se dedica al servicio “Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra; mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres”.

- Una cena normal en casa, en familia. Mientras algunos hablan, otros preparan la comida. Las dos cosas son importantes y necesarias, las dos se complementan, sobre todo cuando se trata de acoger a alguno que viene de fuera. Afirmando que “Marta estaba atareada en muchos quehaceres” (diaconía), Lucas evoca a los setenta y dos discípulos también ocupados en muchas cosas del servicio misionero (Lc 10,17-18)

Lucas 10,40b: Marta reclama y pide a Jesús que intervenga “Al fin se paró y dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude».

- Otra escena familiar, pero no tan normal. Marta se está preocupando sola de la preparación de la comida, mientras María está sentada, y está conversando con Jesús. Marta reclama. Quizá Jesús interfiera y diga algo a la hermana para ver si le ayuda en el servicio en la diaconía. Marta se considera una sierva y piensa que el servicio de una sierva es el de preparar la comida y que su servicio en la cocina es más importante que el de su hermana que habla con Jesús. Para Marta, lo que hace María no es servicio, porque dice: “¿No te importa que mi hermana me deje **sola** en el servicio? Pero Marta no es la única sierva. También Jesús asume el papel de siervo, a saber, el Siervo anunciado por el profeta Isaías. Isaías había dicho que el servicio principal del Siervo es el de estar delante de Dios a la escucha en oración para poder descubrir una palabra de consuelo que llevar a aquellos que están cansados. Decía el Siervo: “*El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo, para que yo sepa dirigir al cansado una palabra. Cada mañana despierta mis oídos para que yo oiga como discípulo.*” (Is 50,4). Ahora, María tiene un comportamiento de oración delante de Jesús. Y surge la pregunta: ¿quién realiza mejor el servicio de sierva: Marta o María?

Lucas 10,41-42: Respuesta de Jesús “Le respondió el Señor: «Marta, Marta te preocupas y te agitas por muchas cosas y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada»”.

• Una bella respuesta y muy humana. Para Jesús una buena conversación con personas amigas es importante e incluso más importante que el comer (cf. Jn 4,32). Jesús no está de acuerdo con la preocupación de Marta. Él no quiere que la preparación del almuerzo interrumpa la conversación. Y es como si dijese: “Marta, no hay necesidad de preparar tantas cosas. Basta una pequeña cosa. Y luego ven a participar de la conversación, tan bella”. Este es el significado principal tan sencillo y humano de las palabras de Jesús. A Jesús le agrada una buena conversación. Y una buena **conversación** con Jesús produce una **conversión**. Pero en el contexto del evangelio de Lucas, estas palabras decisivas de Jesús toman un significado simbólico más profundo:

- i) Como Marta, también los discípulos, durante la misión, se preocupaban de muchas cosas, pero Jesús aclara bien que la cosa más importante es la de tener los nombres escritos en el cielo, o sea, ser conocidos y amados por Dios (Lc 10,20). Jesús repite a Marta: “Tú te preocupas y agitas por muchas cosas y hay necesidad de pocas, mejor, de una sola”.
- ii) Antes de este episodio, un doctor de la ley había reducido los mandamientos a uno solo: Amarás al Señor sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo” (Lc 10,27). Cumpliendo este único y mejor mandamiento, la persona estará dispuesta a obrar con amor como el Buen Samaritano y no como el sacerdote y el levita que no cumplieron con su deber (Lc 10,25-42). Los muchos servicios de Marta deben ser realizados a partir de este único servicio verdaderamente necesario que es la atención amorosa a las personas. Esta es la mejor parte que María ha escogido y que no le será quitada.
- iii) Marta se preocupa de servir (diaconía). Ella quería ser ayudada por María en el servicio de la mesa. ¿Pero cuál es el servicio que Dios desea? Esta es la cuestión. El comportamiento de María está más de acuerdo con el comportamiento del Siervo de Dios, porque, como el Siervo, ella se encuentra en una situación de oración delante de Jesús. María no puede abandonar esta postura de oración en presencia de Dios. Porque si lo hiciese, no descubriría la palabra de consuelo que llevar a los cansados y desanimados. Este es el verdadero servicio que Dios está pidiendo a todos.

ACTUALIZACION

+ Nuestros días transcurren a un ritmo sofocante. La sobrecarga de trabajo, la presión por cumplir expectativas, la obligación de hacerlo todo ayer, el cumplimiento de las metas impuestas nos llevan a una carrera sin fin. Decimos neciamente que “el tiempo es oro” y nos afanamos por aprovechar cada instante, sin darnos cuenta de que la vida se nos escapa y de que nos deshumanizamos cada vez más. Cambiamos de carril en el tráfico matutino innumerables veces para ganar metros, arriesgamos la vida saltándonos semáforos en rojo, comemos de pie junto a personas a las que ni siquiera miramos, llegamos tarde a casa, exhaustos, nerviosos, abrumados por el cansancio y el estrés, sin tiempo ni ganas de jugar con nuestros hijos o leerles un cuento, y dormimos unas horas sabiendo que el día siguiente será exactamente igual... Tenemos excelentes excusas: son las exigencias de la vida moderna; tenemos que vivir a este ritmo para no quedarnos atrás; no podemos perder la batalla diaria por la existencia. Sin embargo, aunque todo esto sea cierto, terminamos transigiendo con el sistema y descuidando lo esencial. ¿Qué espacio nos queda para encontrarnos con Dios? ¿Qué tiempo nos queda para encontrarnos con Jesús, escucharlo, aceptar sus propuestas? ¿Qué tiempo y espacio nos queda para la familia, los amigos, todo aquello que hace nuestras vidas más humanas y felices?

+Marta y María, respectivamente la discípula que vive para servir y la discípula que se sienta a los pies de Jesús para escuchar la Palabra, no representan dos realidades opuestas; más bien, representan dos facetas que, juntas, conforman la figura del verdadero discípulo. Vivir como discípulo de Jesús no se trata simplemente de hacer cosas, ni siquiera buenas y útiles; el activismo que no comienza con un encuentro con Jesús y la escucha de su Palabra termina, a medio plazo, convirtiéndose en una rutina sin sentido ni propósito. Por otro lado, vivir como discípulo de Jesús no es simplemente sentarse a mirar al

cielo, desconectado de las realidades terrenales, ajeno a las necesidades, los sufrimientos y las alegrías de los demás. Un discípulo de Jesús primero se sienta a sus pies, como María, para escuchar sus instrucciones y recibirlas; Entonces, como Marta, está dispuesto a servir a los demás con dedicación y generosidad. ¿Es así como buscamos vivir nuestro seguimiento de Jesús? En nuestras comunidades cristianas, donde siempre hay tanto que hacer, ¿la acción siempre va precedida de escuchar a Jesús?

+Hay épocas del año que, en el calendario de las sociedades, son tradicionalmente privilegiadas para las vacaciones, el descanso y la liberación de la rigidez de los horarios y la tensión derivada de las responsabilidades laborales... Es probable que muchos de nosotros estemos experimentando esto ahora mismo. Si es así, intentemos que este tiempo ya no sea una carrera frenética hacia ninguna parte, sino un tiempo de reconexión con nosotros mismos, nuestra familia, nuestros amigos, Dios y nuestras prioridades. La oración y la escucha de la Palabra pueden ayudarnos a reorientar nuestras vidas y redescubrir el sentido de nuestra existencia. ¿Forman parte de nuestro calendario de vacaciones el espacio para Dios, escuchar a Jesús, el tiempo para la familia, reunirse con amigos, leer un buen libro, interesarse por la cultura, el contacto con la naturaleza y la reflexión sobre el sentido de nuestra vida y nuestras decisiones?

+¿Cuál es nuestra perspectiva sobre la hospitalidad y la acogida? ¿Cómo recibimos a quienes entran en nuestras vidas y hogares? Al narrar una visita de Jesús a casa de un amigo de la familia, Lucas sugiere con delicadeza que la verdadera acogida no se limita a abrir la puerta, acomodar a la persona en el sofá más cómodo y encender el televisor para que se entretenga mientras corremos a la cocina a preparar una comida memorable; también se trata de abrazar la alegría de vivir. Pero la verdadera acogida implica prestar atención a quien viene a nuestro encuentro, escucharlo, compartir nuestra vida con él, hacerle sentir cuánto nos importa lo que siente... ¿Somos conscientes de que, a menudo, "estar con" alguien es mucho más expresivo que "hacer cosas" por él?

+Jesús, contra las costumbres de la época, acepta la hospitalidad en casa de dos mujeres; Jesús, contra las costumbres de la época, acepta a una de ellas —María— como discípula suya. En las situaciones más diversas, Jesús demostró, con gestos muy concretos, que en el plan de Dios no hay lugar para la discriminación. ¿Somos conscientes de esto? ¿No es hora de eliminar de la sociedad y de la Iglesia las actitudes discriminatorias que no vienen de Dios ni del Evangelio, sino de nuestro egoísmo, de nuestra arrogancia, de nuestros prejuicios?

El contexto más amplio de las Hechos de los Apóstoles.

- Después de la muerte y resurrección de Jesús nacerán las comunidades. Ellas debían afrontar problemas nuevos, para los cuales no existían soluciones previstas de antemano. Para orientarse en la solución de los problemas, las comunidades intentaban recordar las palabras y gestos de Jesús, que pudiesen ayudar a traer un poco de luz. Así, el episodio de la visita de Jesús a la casa de Marta y María fue recordado y narrado para ayudar a esclarecer el problema descrito en Hech 6,1-6.

- El rápido crecimiento del número de cristianos creó divisiones en la comunidad. Los fieles de origen griego comenzaron a quejarse de los de origen hebreo y decían que sus viudas estaban desatendidas en la vida de cada día. Era una discriminación en la vida de la comunidad y falta de personas para los diversos servicios. Hasta entonces no había surgido todavía la necesidad de comprometer a otras personas en la coordinación de la comunidad y en el cumplimiento de los servicios. Como Moisés, obligado por los hechos, dividió el poder y convocó a otros setenta jefes para los servicios necesarios entre el pueblo de Dios (Ex 18,17-23; Núm. 11,16-17). Jesús había hecho la misma cosa: convocó otros setenta discípulos (Lc 10, 1). Ahora, ante nuevos problemas, los apóstoles hicieron lo mismo. Convocaron a la comunidad y propusieron el problema delante de todos. Sin duda, la palabra de Jesús a Marta y María les ayudó en la solución.

A continuación se puede leer los dos textos, uno junto al otro. Intenta descubrir cómo se iluminan mutuamente:

1 Por aquellos días, al multiplicarse los discípulos, hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana. 2 Los Doce convocaron la	38 Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. 39 Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra,
--	--

asamblea de los discípulos y dijeron: «No está bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas. 3 Por tanto, hermanos, buscad de entre ustedes a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de saber, y los pondremos al frente de esa tarea; 4 mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra.» (Hechos 6, 1-4)	40 mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Al fin, se paró y dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude.» 41 Le respondió el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; 42 y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada.»
---	--

- Los apóstoles se encontraban entre dos necesidades reales, las dos muy importantes, definidas como servicio (diaconía): el servicio de la Palabra y el servicio de las mesas. ¿Qué hacer? ¿Cuál de las dos es la más importante? La respuesta de Jesús a María ayudó a resolver el problema. Jesús dice que María no podía abandonar la conversación con Él para ayudar en la cocina. Así, Pedro concluye: “*¡No es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios por el servicio de las mesas!*” Y Pedro define el servicio del apóstol como “*el dedicarse a la oración y al ministerio de la Palabra*”.

- No se dice que un servicio sea mejor que otro. Lo que no puede suceder es que el servicio de la Palabra quede perjudicado por las exigencias imprevistas del servicio de las mesas. La comunidad tenía la obligación de afrontar el problema, preocupándose de tener gente suficiente en todos los servicios, para poder conservar, así, el servicio de la Palabra en su integridad. El servicio de la Palabra propio de los apóstoles (y de María a los pies de Jesús) tenía dos dimensiones: por un lado la escucha de la Palabra, recibirla, encarnarla, anunciarla, divulgarla mediante el trabajo activo de la evangelización y, por otro, en nombre de la comunidad, responder a Dios en la oración, representar a la comunidad en su dimensión orante ante Dios. No se trata de una oposición entre los dos servicios: palabra y mesa. Los dos son necesarios e importantes para la vida de la comunidad. Para los dos es necesario tener gente disponible. En la economía del Reino, además, el servicio de la Palabra (evangelización) es la raíz, la fuente. Es la parte mejor que María ha escogido. El servicio de la mesa es el resultado, el fruto, es su revelación. Para Lucas y para los primeros cristianos, la “parte mejor” de la que habla Jesús a Marta, es el servicio de la evangelización, fuente de todo el resto.

- El Maestro Eckart, el gran místico dominico del Medio Evo, interpreta de un modo simpático este episodio. Dice que Marta sabía ya cómo trabajar y vivir en presencia de Dios, María no sabía y estaba aprendiendo. Por esto no podía ser interrumpida. Los grandes místicos son la prueba de que este texto no se puede interpretar como una confirmación por parte de Jesús de que la vida contemplativa es mejor y más sublime que la activa. No está bien hacer una distinción de estas dos palabras, porque la una se completa, se fundamenta, se aclara en la otra. San Juan de la Cruz carmelita, en algo más de diez años recorrió 27.000 kilómetros caminando por toda la España. Santa Teresa de Jesús no se quedaba nunca parada, ocupada como estaba en la fundación de tantos monasterios. Jesús mismo vivía la profunda unidad de la vida contemplativa y activa.